
Las venas cerradas de América Latina (Presentación)

Manuel Lucena Giraldo

No cabe duda de que tenemos al menos una revolución pendiente: la del principio de realidad. Éste debería figurar entre los derechos humanos, porque demasiadas cosas vitales dependen de su existencia. Si –como señaló el historiador John H. Elliott– la existencia de censura constituye un indicador infalible de los gobiernos impopulares, la ausencia de principio de realidad evidencia que la política se despeña por la peligrosa senda del populismo y el totalitarismo. A este respecto, resulta sintomático que el español de América sea abundante en expresiones que celebran la mentira, o al menos la ausencia de verdad, porque nos encanta que nos cuenten lo que queremos oír, aunque sea falso. Cuénteme una milonga, por favor, diríamos en español de Argentina y de tantos otros lugares, «No me mamen gallo, pero qué rico si fuera verdad», se escucha en Colombia. El tipo bragado, vivo o corajudo, «verraco» en este último país o «arrecho» en Venezuela, términos populares con matices entre furibundos y celebratorios, constituye la expresión

última del criollo americano, que es «baquiano» o veterano y conoce el paisaje tropical hasta sus últimos recovecos. Por eso es capaz de ganarle la partida a cualquier europeo o foráneo, aunque para hacerlo le «toque» escamotear la verdad, contarla a medias para que «le coman el cuento» y de ese modo continuar en posesión de vida y hacienda. En estos vastos territorios de la literatura de frontera, tan barrocos y ficcionales, se han inspirado los mejores escritores del realismo mágico, pero también se han reforzado los estereotipos del caudillismo, la violencia de la vida cotidiana y la ingobernabilidad latinoamericana. El Bicentenario de las independencias, que continuamos celebrando en 2011, constituye una magnífica ocasión tanto para recuperar el principio de realidad como para salir de estas prisiones conceptuales que nos atenazan. Los tres ensayos que componen este dossier, a cargo de Tomás Pérez Vejo, Jordi Canal y Johanna Lozoya, constituyen interesantes esfuerzos en la dirección correcta, pues apuntan hacia la normalización de los procesos históricos y culturales latinoamericanos –y españoles–. No crean tópicos, sino que los destruyen. No recrean variantes de la barbarie en la periferia de Occidente con patéticas venas abiertas, sino que, como veremos a continuación, construyen argumentos abiertos a la complejidad de un mundo global en el que –afortunadamente– ya nada será igual que en el pasado.

M. L. G.